

PALERM, ÁNGEL. *Introducción a la Teoría Etnológica. Treinta lecciones*. Instituto de Ciencias Sociales. Universidad Iberoamericana. México. 1967. 388 pp.

La etnología en México, desde su nacimiento, orientó sus actividades a servir como punto de apoyo a su hermana, la arqueología; ostensiblemente fue una disciplina de eminente contenido histórico. El estudio de las "antigüedades" tuvo y tiene para nuestro país una importancia trascendente porque ha sido y es el instrumento que permitió al mexicano crear su propia identidad y sustentarla. Ello explica que la arqueología haya constituido el núcleo en derredor del cual se fundó la Ciencia del Hombre, así como las relaciones tan íntimas que tiene con la antropología física, la etnología y la antropología social que hicieron posible que estas ramas disciplinarias se enseñen conjuntamente en el mismo plantel educativo: la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

De esta escuela egresó Ángel Palerm y estudió en ella cuando la dedicación de sus profesores y alumnos le formaron un prestigio perdurable que hace aparecer la década de los años cuarenta como su edad de oro. En lo que concierne específicamente a la etnología, el teórico de más altos vuelos lo fue Paul Kirchhoff quien supo despertar en sus discípulos un profundo interés por la organización y la estructura sociales de las poblaciones indígenas arcaicas que habitaban en lo que luego había de llamar, con gran fortuna, Mesoamérica.

ca. Producto de esa apasionada consagración fue la publicación de una serie extensa de monografías que intentaron penetrar el plexus de relaciones que conformó el calpulli tenochca, el comercio, la política, la educación azteca y de otros grupos tribales, como los mixteca y los otomites, y que usaron abundantemente los documentos que dejaron los cronistas y conquistadores españoles, sin por ello menospreciar los pocos que legaron los propios indios.

Como el énfasis se ponía en la historia, la etnología en México no realizó investigaciones etnográficas paralelas en los grupos étnicos supervivientes, lo cual hubiera abierto perspectivas nuevas a la interpretación. Los estudios en las poblaciones actuales fueron propiamente iniciados por Robert Redfield y sus discípulos mexicanos, con una contraria orientación ahistórica. La investigación antecedente llevada al cabo por Manuel Gamio en el Valle de Teotihuacán, notable por su enfoque integral, concedió a la etnografía un rol de segunda importancia al no tomar directamente la responsabilidad de su implementación. La etnología, pues, ni en uno ni en otro casos, fue etnohistoria y el nivel de sus contribuyentes no excedió el de la descripción y la acumulación de materiales, por otra parte, extraordinariamente importantes.

El esbozo, apenas trazado, del trasfondo de los estudios antropológicos en el país, parece necesario si hemos de concederle valor, y muy grande por cierto, a la contribución que hace Ángel Palerm al publicar la obra que comentamos. Con savia nueva, el autor llena el hueco que dejó Kirchhoff y su escuela cuando sus postulados fueron rebasados al introducirse en la Ciencia del Hombre inquietudes diversas y variados intereses que hicieron olvidar, por un momento, la importancia de la teoría etnológica. Aun cuando la obra lleva por título el anotado en el acápite, en realidad, toda la argumentación —desde que se inicia hasta que concluye— está encaminada a sentar las bases para la fundación de una teoría etnológica particular, la de la evolución multilineal, cuyas premisas encuentra en los grandes antropólogos de la centuria decimonona y termina proponiendo la hipótesis consecuente para interpretar el desarrollo y el acabamiento de las altas culturas mesoamericanas y de sus formas de organización social, tomando como ejemplo la civilización maya y algunas instituciones de la cultura tenochca.

La obra consta de cuatro partes: 1) una amplia introducción, 2) un examen crítico de la historia de la teoría, 3) una amplia discusión de la dimensión diacrónica, especialmente referida al estudio de las ideas de Steward y termina, 4) con el análisis sincrónico de los varios aspectos de la cultura, con un énfasis acentuado en la organización clánica.

La primera parte introduce al lector en los principios de la antropología general y en sus métodos; trata de la interfertilización

de la teoría y la práctica; del uso conveniente del método comparativo y de las posibilidades de la generalización científica. Afirma su convicción en la importancia de la etnografía como el fundamento cardinal de la teoría etnológica y pone en ello tal pasión que se antoja natural la conclusión de que el antropólogo quedaría incompleto en su adiestramiento profesional si no coronara sus estudios con la investigación de campo de un grupo étnico contemporáneo. Contempla la evolución como el tema central de la etnología y hace notar cómo la crítica destructiva del evolucionismo hecha por Franz Boas y la escuela norteamericana pasó a convertirse en un ataque a la idea misma de la evolución sociocultural.

Se ocupa luego de la escuela británica de antropología social que ignora, simplemente, la teoría evolutiva; pero no se detiene a informarnos los motivos que subrayan esa actitud y que se encuentran, indudablemente, en los excesos del darwinismo social de Spencer que tanta boga tuvo a fines del pasado siglo. El camino divergente que sigue esta escuela le ha hecho segregarse de las otras ramas disciplinarias de la Ciencia del Hombre que, entre nosotros, todavía constituye un cuerpo organizado de ideas y modos de actuar; el autor hace notoria su preocupación ante esta tendencia que propende a separar definitivamente el enfoque sincrónico del diacrónico, la historia social de la estructura social, y advierte los peligros que pueden emanar si esta brecha continúa ensanchándose.

Todo ello le lleva a concluir que la antropología, estudio del hombre, debe ser una ciencia comprensiva que cobije dentro de sus fronteras a todas sus ramas —la física, la sociocultural y la aplicada— ya que de otra manera se perderá la perspectiva integral. Aun cuando hace mención específica de la antropología aplicada y alude a la forma como los conocimientos etnológicos fueron utilizados por los colonialistas europeos en la evangelización y en el dominio de los nativos, no se para a discutir el desarrollo de esta rama disciplinaria durante la Revolución Mexicana ni dedica el párrafo que indudablemente merece el doctor Manuel Gamio como uno de sus fundadores más ilustres. Sin la antropología aplicada —llamada entre nosotros antropología social— el panorama entero de la antropología mexicana se presenta pobre y desarticulado.

La segunda parte de la obra, en la que el autor hace historia de la teoría etnológica, en verdad está toda ella llena de una paciente y laboriosa construcción de las premisas en las que habrá de basar, en la tercera y cuarta partes, su teoría etnológica particular. Lo notable, en esta parte, es el apoyo que busca y obtiene en los antecedentes más remotos de la teoría, especialmente los que se originaron en el mundo latino. Inicia esta parte con un análisis de las ideas sobre el hombre sustentadas por Lucrecio y Acosta y hace resaltar las hipótesis que estos clásicos expusieron sobre el tema cen-

tral de la obra: la evolución. La concepción del mundo en Lucrecio y los problemas del cambio en su dimensión temporal en Acosta le permiten al autor señalar una continuidad de pensamiento con Vico y Hegel y advertir la importancia de las construcciones utópicas en Platón, Moro y los socialistas de fines del XVIII y el apogeo que lograron por la primera mitad del XIX, para relacionar la utopía y la ciencia social con la emergencia y el desarrollo del evolucionismo.

La tesis del materialismo histórico, en Marx, la comprobación de la realidad de la evolución biológica, en Darwin, y la explicitación del proceso de formación de la personalidad humana, en Freud, le llevan a discutir las sucesivas contribuciones de los grandes antropólogos del siglo XIX, McLennan, Bachofen, Tylor y Morgan que dieron respetabilidad científica a la antropología y le definieron el ámbito de su tarea, la cultura. La crisis del rígido evolucionismo unilineal, con el camino que recién abrió la sociología positiva de Tarde y su ley de la imitación, hicieron florecer tanto el difusionismo extremo de Graebner y Schmidt quienes elaboraron la teoría de los círculos culturales, cuanto el difusionismo deformado de Elliot-Smith y su teoría heliocéntrica que hacía irradiar rasgos y complejos culturales de un solo centro, el Valle del Nilo, al resto del mundo.

Con mayor sensatez Boas y los norteamericanos pusieron el énfasis en la acumulación de materiales y dejaron para las generaciones que les habían de suceder el quehacer de la formulación teórica a base de los datos recopilados. El funcionalismo de Malinowski y el estructuralismo de Radcliffe-Brown, en gran parte derivados del positivismo francés que tuvo en etnología como su más preclaro exponente a Emilio Durkheim, con su franca orientación ahistórica dieron pábulo a suponer, por un momento, que el evolucionismo del siglo XIX había llegado a su término final. Sin embargo, las cosas no sucedieron como se esperaba; los soviéticos siguieron adheridos, un tanto dogmáticamente, a la vieja formulación de Morgan mientras Leslie White en los Estados Unidos y Vere Gordon Childe en la Gran Bretaña ensayaban nuevas formas de hacer más paladeable el fenómeno evolutivo; uno acudió al uso de la energía, el otro, a las revoluciones agrícola y urbana. Tales esfuerzos facilitaron a Julian Steward la presentación de su hipótesis del evolucionismo multilineal y a Karl Wittfogel la elaboración de su tesis sobre la sociedad hidráulica y el despotismo oriental.

La tercera parte trata de la dimensión diacrónica y está toda ella dedicada a exponer la teoría del evolucionismo multilineal. Debate el autor con amplitud los orígenes de la vida social, la agricultura y el urbanismo y hace ostensible la evolución distinta de oriente y occidente y estudia con detalle la línea evolutiva específica de los cultivadores tropicales que tanto interés tiene para com-

prender adecuadamente el desarrollo de las poblaciones indígenas americanas. Teniendo a la mano como instrumentos de elaboración cultural el enfoque multilineal de la evolución, la clasificación taxonómica de las culturas, los principios del determinismo ambiental, el carácter estratégico de la agricultura de regadío y la capacidad organizativa de los imperios como contrapeso del atraso tecnológico, Ángel Palerm los aplica a la interpretación de las culturas mesoamericanas.

El examen de la geografía y la ecología humana en el procurrente maya, a cuyo pueblo elige como sujeto de demostración, el análisis de sus secuencias culturales y de las interrelaciones entre los factores ambientales y los rasgos socioculturales del desarrollo le lleva a descubrir una anomalía ecológico-cultural en el florecimiento de la cultura maya que no tiene una explicación adecuada para la teoría etnológica si no se acepta la hipótesis de un desarrollo previo en las tierras altas seguido por la colonización de las tierras bajas, lo que hace necesario recurrir a los conceptos de áreas claves y zonas simbióticas, a que alude Steward, y a postular la existencia en Mesoamérica de microclimas que condujeron a la superación de las especializaciones locales por medio de la acción conectiva de organismos complejos que ligaron entre sí a diversas áreas o regiones. Esta explicación la extiende el autor a otros pueblos, como el olmeca, que inexplicablemente desarrolló en pleno trópico una cultura extraordinaria a la que se le ha dado el carácter de cultura madre de las que luego prevalecieron en Mesoamérica.

La última parte está dedicada al examen de la dimensión sincrónica y estudia los fundamentos de la organización social; la familia, el linaje, el incesto, la exogamia y los sistemas de parentesco. Con tales elementos inicia la discusión de la organización clánica siguiendo los lineamientos marcados de Kirchhoff para quien el fenómeno social que domina la evolución temprana de la sociedad humana es el clan, cuya desaparición señala el comienzo de la división en clases de los antiguos grupos corporados. El clan convierte en permanente a la comunidad inestable mediante el reconocimiento de los principios de reciprocidad y redistribución. Kirchhoff advierte que ciertas formas de organización clánica parecen conducir a un callejón sin salida mientras que otras categorías muestran una gran capacidad de cambio. Con estas ideas y las elaboradas más tarde por los seguidores de Kirchhoff, el autor inicia el análisis de la sociedad tenochca.

Esta sociedad, se nos dice, está claramente estratificada en clases sociales. Caso y Soustelle llegaron a descubrir en los pochtecas y los artesanos más calificados una clase media bien definida; Palerm, sin embargo, con mayor cautela, nos hace saber que la sociedad tenochca, lejos de estar basada totalmente en divisiones de clases o en relaciones de parentesco, su fundación residía en principios muy com-

plejos parcialmente contradictorios. De cualquier modo, el hecho es que la sociedad azteca, dentro de la concepción evolucionista unilineal que al autor le parece inaceptable, estaría en el momento de la conquista, en el umbral de una verdadera sociedad de clases. Las concepciones multilineales de la evolución ponen en duda este desarrollo y consideran que existen suficientes elementos para permitir una comparación estructural y evolucionista con las sociedades típicamente orientales en las que el Estado y la estructura política, militar, religiosa y administrativa llenaría las funciones y roles reservados para las clases.

Esta parte de la obra continúa con un examen del sistema de castas, sin referencia a Mesoamérica y cuya inclusión no alcanzamos a comprender, ya que constituye, según expresa el autor, un caso particular dentro de las sociedades de tipo oriental. Estas sociedades pueden concebirse y por supuesto existen —caso del Perú y, según se habrá advertido, también de Mesoamérica— sin la presencia o la concurrencia de las castas. En esto el autor postula una hipótesis contraria a la desarrollada por Julio Luelmo para quien, las sociedades indígenas estaban organizadas en una estructura horizontal de castas en la que una de ellas adquiriría el *status* de tribu imperial, mientras no era suplantada por otra.

Continúa esta parte con el estudio de la esclavitud en las sociedades estratificadas, lo que da oportunidad al autor para deshacer malos entendidos sobre la naturaleza de este sistema socioeconómico en las sociedades americanas y finaliza con dos capítulos importantes dedicados, el primero, al análisis de la teoría del *continuum* folk-urbano de Redfield y, el segundo, a la teoría del cambio sociocultural tal y como se da en el estudio de las sociedades nacionales, este último, con base en la investigación que llevó al cabo Steward y un equipo de jóvenes antropólogos, muchos de ellos hoy eminentes, en el estado asociado de Puerto Rico. El análisis que Palerm hace de las ideas de Redfield es particularmente interesante por la seriedad con que debate un tema que se ha prestado a controversias en extremo apasionadas.

La relación, un tanto minuciosa, que hemos hecho de la obra que comentamos tiene por fin hacer notar su importancia evidente para la antropología mexicana; con ella introduce Palerm un nuevo enfoque en la interpretación de la evolución que contrasta con la unilineal adoptada por la antropología soviética y los militantes más fieles al marxismo decimonono. Las hipótesis que con tanta pasión defienden tienen, naturalmente, puntos flacos que se prestan a la duda, ya que no siempre se presentan como sistemas coherentes de ideas. Ello se debe a que el autor es parte integrante del grupo de antropólogos que, unidos por Steward y estimulados por Wittfogel,

decidieron explorar las viejas construcciones etnológicas con instrumentos nuevos y no siempre es posible, ni humano, acertar en todo.

La sacudida que la obra de Palerm producirá en quienes siguen apegados a esquemas que hoy parecen superados será sin duda muy saludable para la renovación y desarrollo continuado de la teoría etnológica. La crítica que hace del difusionismo de Boas y los norteamericanos y del ahistoricismo y segregacionismo británicos puede pensarse que va más allá de lo justamente necesario, pero, a veces, se requiere poner un poco de énfasis en la discrepancia para hacer ostensible la posición que se sostiene. Un párrafo final habrá de permitirnos para expresar la esperanza de que la línea de pensamiento que viene recorriendo el profesor Palerm le lleve a desprender consecuencias que sirvan para incrementar la teoría en que se funda la aplicación de los conocimientos antropológicos a la solución de los problemas sociales de las poblaciones regionales y nacionales.

Instituto Indigenista Interamericano

GONZALO AGUIRRE BELTRÁN